toria Anecdótica

Por Julio Vives Guerra

gencia mortuoria.—Quienes ya
siglo, vivimos de los recuer-
evocar los de la lejana juven-
os amigos que, al morir, se
n poco de nuestro propio sér.
ido frecuentemente a Luis Zea
el Corral, a Tomás Quevedo
esos fraternales amigos de in-
lejana juventud.

dónde están los que conmigo
en la lid tremenda?
or la difícil senda
l deudo y al amigo!
veterano que en la aldea,
vive y escondido,
riesgos que ha vencido
útiles emplea.

años de 1890 ó 1891 vino de
oquia a Bogotá, en viaje de pa-
orral.
tiempos un viaje de Antioquia a
ximadamente como un viaje hoy
ón; y quienes no habíamos sa-
edaños de nuestra ciudad nativa,
que habían venido a la capital

de la República como si cada uno de ellos fuese un Marco Polo, un Herodoto, un Gulliver.

En aquella época Jesús del Corral tenía unos veinte años, era un muchacho rico y había venido *a darse un filito* de Bogotá. De modo que no tiene nada de extraño que, aunque no fue nunca dado a la parranda, les arrimara el hombro a los bailes de candil, a los *piquetes* bien regados y a las jiras en que Hebe y Momo dan de sí lo que pueden.

Una noche andaban de bureo Jesús del Corral, Julián Páez, Manuel Uribe Velásquez, Julio Flores y Julio Galofre, y al pasar por una casa de dos pisos oyeron que en el piso alto sonaba música.

—¿Qué sucede aquí?—preguntó del Corral.

—Este es un bailadero—contestó Páez.

—Pues entremos—agregó Uribe Velásquez, que se hallaba siempre presto a echar una cana al aire.

—Entremos—repuso Galofre—, y van a ver una cosa curiosa.

—¿Qué es ella?—preguntó Flores.

—Que para entrar a ese salón de baile hay que pasar por una agencia mortuoria que se halla en el piso bajo.

Entraron y, efectivamente, antes de tomar la escalera que conducía al salón de baile, tuvieron que atravesar una agencia mortuoria.

Los ataúdes, recostados contra los muros, parecían aguardar a que las parejas terminasen la danza para acogerlas en sus cuencos sombríos.